

Kuklinski

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: © habrda / iStock
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ernesto Mallo, 2025
© Ediciones Siruela, S. A., 2025
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 979-13-87688-38-7
Depósito legal: M-11.827-2025
Impreso en Gráficas Dehon
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Ernesto Mallo

KUKLINSKI

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Esta novela está libre y parcialmente inspirada en la vida y hazañas de Richard Kuklinski, a quien la prensa bautizó como «el Hombre de Hielo», un asesino que seguramente cometió, por placer o por encargo, más de doscientos homicidios durante una exitosa carrera criminal de más de cuarenta años. Esta ficción no pretende ser histórica ni verdadera, pero sí decir algo verdadero sobre nuestras vidas y sobre el mundo en que vivimos.

Mi misión es matar el tiempo.
La misión del tiempo es matarme a mí.
¡Qué cómodo se siente uno entre asesinos!

EMIL CIORAN

PRIMERA PARTE

El sujeto

*Podré distinguir el día de la noche
hasta que muera, pero hay tinieblas
que nunca comprenderé,
ni de día ni de noche;
otra cosa más que cansa aprender.
Siempre es demasiado tarde,
hay desgracias y males esperándonos
que Dios no pudo inventar;
hay errores demasiado monstruosos
para el remordimiento,
para ocuparse o para
perder el tiempo con ellos,
y fracasos que solo el destino,
a tientas en la oscuridad,
pudo haber organizado tan bien.*

EDWIN ARLINGTON ROBINSON

Intro

A veces soy uno, a veces soy otro, pero siempre hay en mi cabeza alguien que no soy yo. De esta guerra no declarada y permanente que asuela el mundo fui el perfecto mercenario. Ahora estoy acabado, miro la puerta de acero por la que entré y por la que solo muerto habré de salir. Algo que no tardará en suceder. Soy la persona más solitaria del mundo. No le importo a nadie y no hay nada ni nadie que me importe a mí; lo he perdido todo. Eché al retrete todo lo que amé. Todo lo que alguna vez me importó se ha ido. Todo lo que me gustó, desapareció. Todo lo que significó algo para mí, ya no existe. Mi mujer y mis hijas me odian, con razón; con tanta razón como la que tengo yo para odiar a mis padres. Pero en la vida hay que elegir entre tener razón y ser feliz. Yo elegí el sueño de la razón. Volví al punto de partida. La rueda del tiempo ha dado toda la vuelta. Es hora de morir.

Toda crueldad surge de una debilidad, dijo Séneca. Pero yo creo que estaba equivocado, hay gente muy fuerte que es cruel. Yo soy un ejemplo. Sobreviví a mis padres, a mis cómplices, a los peores criminales y psicópatas con los que me asocié, a la furia y la brutalidad policial, a los matones de la cárcel. No se puede decir que sea un hombre débil, ¿verdad? No, el problema es cuando la mente no engrana bien. Algo anda mal en mi cabeza, lo sé, siempre lo supe, pero la naturaleza hace compensaciones y lo que quita por un lado lo da por otro. A mí me tocó una memoria prodigiosa, los especialistas la llaman memoria ancestral. En la mayor parte de la gente, la memoria es ficción. No se recuerdan los hechos como fueron, se recuerdan como somos cuando recordamos. Pero no es mi caso, mi memoria es literal, no la condiciona el remordimiento, la ilusión o la esperanza. Una memoria así es también una maldición. Pero, como carezco de culpa, no sufro por toda la mierda y el dolor que le aporté al mundo, como si no tuviera bastante. Solo me arrepiento de una cosa, pero no quiero irme por las ramas. Tengo recuerdos prenatales. Hubo muchos momentos en que la paz de flotar en el líquido amniótico acompañado por el tranquilizador latido del corazón de mi madre se alteraba. Comenzaba con voces, con gritos, gol-

pes y ruido de objetos que se quebraban. Llegaban amortiguados a través de las capas musculares que me contenían, y enseguida aparecían los empujones, las caídas, los golpes en la barriga que muchas veces hasta me alcanzaban. Sentía las paredes del útero combarse bajo la presión de un puñetazo intencionadamente abortivo. Fue un milagro que esos golpes no consiguieran romper la bolsa que me envolvía. El autor era Stan, mi padre, dándole a Anna, mi madre, una de sus frecuentes palizas. Con él siempre fue así: el mundo estaba en paz hasta que llegaba, entonces todo se alteraba y reinaba el miedo, porque a Stan le gustaba dar miedo. Miedo fue lo único que dio en toda su vida. Grandísimo hijo de puta, murió hace mucho tiempo, con mucho sufrimiento. Es curioso, de lo único que me arrepiento no es de algo que haya hecho sino de algo que no hice: matar a Stan. No viviré lo suficiente para terminar de arrepentirme por ello. Quisiera ser religioso para creer que se está pudriendo en el infierno. Pero no hay más infierno que este, del que Stan fue el principal demonio y yo su ilustre discípulo.

A los cinco años solo hablaba lo estrictamente necesario. Había conseguido sobrevivir y ya sabía que solo contaba con mi inteligencia para continuar con vida. Aprendí el arte de la invisibilidad: desaparecer antes de que las cosas se pusieran violentas de verdad. Mi mente había desconectado las voces de mis padres, veía sus bocas moverse pero había silenciado la mugre que salía de ellas. Los cuerpos no mienten, son más elocuentes que las palabras. Los vigilaba, estaba siempre atento a cualquier señal de hostilidad y me

ocultaba para evitar que se dieran cuenta de que había un testigo de su vida canalla.

Nunca llamé mamá o papá a mis padres. No sé si ellos también me odiaban por eso, siempre fueron Anna y Stan para mí. Lo que voy a contar ahora lo presencié desde la oscuridad del pasillo que llevaba a las escaleras: Anna se había bebido una botella entera de gin y estaba sentada en la cocina al borde del desmayo, cuando se abrió la puerta y entró Stan. Desgreñada y ojerosa, levantó la cabeza y, con voz extraviada, lo increpó. *¿Qué quieres?* Stan pasó revista a la mesa, sucia de migas, despojos de pollo con ensalada, platos sucios y la botella seca. *¿Te bebiste todo mi gin? Aquí no hay nada para ti, Stan, vete a dormir debajo de un puente, o mejor vete al infierno, nadie te quiere. Borracha de mierda* —dijo Stan con la voz pausada que adoptaba cuando estaba realmente furioso. Conozco bien esa ira dormida parecida a la calma que, cuando se desata, no tiene límites. *¿Para esto me mato trabajando?* —rugió—, *para llegar a casa y que te hayas bebido todo mi licor, que no haya nada para comer, que todo sea una mugre...* Anna agarró un cuchillo de la mesa y se puso de pie. *¿Crees que soy tu sirvienta?!* Stan dio un paso atrás y le sonrió del modo en que un borracho le sonríe a otro. El sol apenas clareaba en las ventanas. Se acercó a ella y le quitó el cuchillo con toda facilidad. Anna giró la cara para alejar la nariz de su conocido olor a sudor, tabaco, alcohol barato y secreción de vaginas trajinadas. *Me das asco* —le escupió en la cara. Con un *swing* perfecto, Stan le asestó un puñetazo en la boca del estómago. A ella se le vaciaron los pulmo-

nes y cayó al suelo con la boca desmesuradamente abierta, desesperada por un poco de oxígeno. Florian, mi hermano mayor, doce años, apareció en escena y golpeó a Stan en la espalda con el palo de la escoba. Stan giró, se lo arrebató y le dio una bofetada formidable. Ese impulso lo hizo girar ciento ochenta grados y quedar de espaldas. Con el puño cerrado y con todas sus fuerzas, Stan le descargó una trompada en la nuca. Sonó un ¡crac! horrible. Florian cayó al suelo en la cámara lenta que produjo el sucesivo ablandamiento descendente de sus músculos. Allí quedó, completamente desarticulado, muerto. Tan certero, tan brutal fue el golpe. Me sorprendió la facilidad con que se puede matar a una persona si uno es lo suficientemente fuerte y sabes dónde golpear. Comprendí cuán frágil es la vida, qué rápido puede perderse. Retrocedí muy lentamente hasta el armario bajo la escalera, me metí dentro y, por la rendija de la puerta entreabierta, presencié la puesta en escena que Stan montó a toda velocidad, con la complicidad de Anna amenazada de muerte, para simular un accidente doméstico que luego teatralizaron ante la policía.

Anna tuvo que comprender entonces la clase de monstruo en que se había convertido Stan con el paso del tiempo y la acumulación de frustraciones. Debió pensar que una vida de mierda era mejor que ninguna vida. Prefirió conservarla, no volvió a hacerle reproche alguno. No podía escapar de él, el terror la había paralizado. El miedo es más poderoso que el amor para retener a una mujer. No le quedó más alternativa que convertirse ella también en un monstruo. Pero, al contrario de Stan, ella necesitaba la

esperanza. Creer que una futura vida mejor era posible. Encontró la promesa en la Iglesia. Se colgó al cuello el crucifijo de la Buena Muerte con la medalla de san Benito. *Es de una gran ayuda para el cristiano* —le dijo el cura de la parroquia cuando le contó sus males— *en la hora de la tentación, peligro y mal y, principalmente a la hora de la muerte*. Las promesas de la religión la consolaron del presente, pero no le curaron el odio y el resentimiento que tampoco impidieron que Stan volviera a embarazarla. Debíó pensar que con la muerte de Florian, un hijo solo, yo, no era suficiente para mantenerla ocupada y en la casa, porque Stan tenía terror de que Anna lo abandonase. Las palizas se multiplicaron. Los golpes tuvieron que afectar al nonato, porque Joe nació tonto. Con aquel palo de escoba que no pudo detener a Stan, Anna descargaba su ira contra mí, le diera yo motivos o no. Stan tenía a Anna para desahogar su mierda, Anna me tenía a mí. Yo no tenía a nadie.